

EL TERRITORIO IMAGINARIO: LA ZONA CENTRAL DE CHILE
(20 ensayos para desandar mitos)

COLECCIÓN HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

Comité Científico

Dr. Darío Barrera; Universidad Nacional de Rosario, ISHIR, CONICET, Argentina

Dra. Marta Ortiz Canseco; Universidad Autónoma de Madrid, España

Dr. Charles Walker, Hemispheric Institute on the Americas, University of California, Davis, USA

Dra. Ana Teruel; UE CISOR-CONICET / Universidad Nacional de Jujuy, Argentina

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

VÍCTOR BRANGIER - EDUARDO BRAVO
(Editores)

**EL TERRITORIO IMAGINARIO:
LA ZONA CENTRAL DE CHILE**
(20 ensayos para desandar mitos)

Sindéresis^{editorial}



**“El territorio imaginario: la zona central de Chile
(20 ensayos para desandar mitos)”**

VÍCTOR BRANGIER - EDUARDO BRAVO Editores

1ra. Edición

Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2

28008 Madrid, España

www.editorialsinderesis.com

UBO Ediciones

<https://ubospa.cl/ediciones-ubo/>

Centro de Estudios Históricos - Universidad Bernardo O'Higgins

Avenida Viel 1497, Santiago-Chile

<https://centroestudioshistoricos.ubo.cl/>

Editorial Universidad de Talca

2 Norte 685, Talca

<https://editorial.otalca.cl>

Depósito Legal: M-14343-2024

ISBN: 978-84-10120-41-9

Registro de Propiedad Intelectual: 2024-A-4929

Edición de: Óscar Alba Ramos

Imagen de portada: Paisaje de la zona central de Chile. © Eduardo Bravo Pezoa.

Diseño y producción: Editorial Sindéresis

Impreso en España 2024

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, especialmente fotocopia. La infracción se encuentra sancionada como delito contra la propiedad intelectual por la Ley N° 17.336.

Índice

Agradecimientos	9
Presentación, <i>José Bengoa</i>	11
Introducción, <i>Víctor Brangier y Eduardo Bravo</i>	15

PARTE I: PRÁCTICAS QUE TEJEN IMAGINARIOS

Notas (propedéuticas) sobre la imaginación y el imaginario <i>Alejandro Viveros</i>	29
--	----

Justicia y viajes que construyen territorio. Departamento de Caupolicán, Chile (siglo XIX) <i>Víctor Brangier</i>	39
---	----

En búsqueda de una identidad nacional. <i>Daniel Briones</i>	49
---	----

Puntos en la vastedad O cómo los edificios modernos han transformado la imagen del valle central de Chile <i>Glenn Denlofeu</i>	59
---	----

El Baile de los Negros de Lora <i>Mario Montano Angulo y Verónica Reyes Le Roy</i>	71
---	----

PARTE II: BAJO EL DISFRAZ DEL ESTEREOTIPO: EL PODER

El lugar del paisaje en la conformación nacional chilena <i>Pablo S. Berríos González</i>	81
--	----

El mito de la atracción amorosa entre el patrón y la china: La exacerbación masculina de la energía sexual. El valle central chileno del siglo XIX. Una reflexión desde la Historia y la Literatura <i>Nicolás Celis Valderrama</i>	91
Imaginario territorial del Maule y sus conflictos con el sujeto cultural <i>Leyla Torres</i>	99
Cine rural y aislamiento en el Maule: el paisaje como espacio de resistencia en el documental <i>Domingo de Gloria</i> . <i>Eduardo Bravo Pezoa</i>	105
Una revisión de la geografía y la arquitectura local como elementos narrativos en la película <i>El Maule</i> <i>José Luis Uribe Ortiz</i>	113
PARTE III: MÁS ALLÁ DE LA UNIDAD HABITA EL FRAGMENTO	
El Maule: entre verde y terracota. Espacio – tiempo de modernidad y tradición <i>Raúl E. Sánchez Andaur</i>	119
Hefesto y Afrodita o el dilema del Maule. Reflexiones del presente en perspectiva histórica <i>Martín Lara, Jaime Zañartu y Manuel Cortés</i>	129
El roto chileno en Roberto Hernández <i>Horacio Hernández Anguita</i>	137
La zona central en la obra <i>Alma chilena (1912)</i> de Carlos Pezoa Véliz: un espacio imaginario, pero no fantaseado <i>Christian Engels</i>	145

Italianos en el valle central: una aproximación al tema <i>Ivan Sergio</i>	155
---	-----

PARTE IV. IMAGINAR EL MAULE DESDE DENTRO

El Grupo Ancoa de Linares, arte y literatura en el Maule <i>Katina Vivanco</i>	165
---	-----

En el corazón del Maule I. En pie solo un poema: el canto al Maule y a la chilenidad de Pedro Olmos y Emma Jauch <i>Pedro E. Zamorano Pérez</i>	175
---	-----

En el corazón del Maule II. Aporte de los artistas linarenses a la cultura nacional <i>Pedro E. Zamorano Pérez</i>	189
--	-----

Desembalar la biblioteca maulina: primeras indagaciones en el Fondo Literario del Maule “Manuel Francisco Mesa Seco” <i>Lorena López</i>	199
--	-----

El Maule como mito: procesos de escritura y ficcionalización del espacio en <i>El lugar sin límites</i> y <i>El obsceno pájaro de la noche</i> de José Donoso <i>Iván Pérez Daniel</i>	213
---	-----

Las y los autoras(es).....	225
----------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS

La publicación de este libro ha sido posible gracias al apoyo institucional de la Universidad Bernardo O'Higgins a través de su Centro de Estudios Históricos, dependiente de la Facultad de Ciencias Humanas, de UBO Ediciones y de Editorial Universidad de Talca, en colaboración estrecha con Editorial Sindéresis (España). Agradecemos a Oscar Alba, de Editorial Sindéresis, por su excelente y cuidado trabajo de edición. Finalmente, un agradecimiento especial a los editores de esta obra, Sres. Víctor Brangier y Eduardo Bravo quienes confiaron en entregarnos su obra para ser editada bajo la Colección de Historia de América Latina a cargo de nuestra dirección y que ahora se publica como libro impreso.

DR. GERMÁN MORONG R.

CEH-Universidad Bernardo O'Higgins

PRESENTACIÓN

DR. JOSÉ BENGOA

Chile surge de su llamado e imaginado valle central. El Estado de esta República debería haber sido llamado y seguir siéndolo como "El Estado del Valle Central". En una ocasión hablamos de estos temas y el querido historiador Armando de Ramón interrumpió y afirmó "es que Chile era más pequeño incluso que Uruguay" y en algún momento de nuestra Historia fue así y tenía toda la razón. Y agregaríamos que la capital debió ser Talca y no es por nada que allí se declaró la Independencia del valle central, perdón de Chile, de lo que era su territorio en ese momento y que se explica de forma muy significativa en este libro que tengo el honor y gusto de presentar. El libro que tenemos a nuestra vista es una caja de sorpresas, surgen temas de discusión y debate por todos lados, y de una actualidad ineludible.

Porque ocurrió algo muy particular y que no siempre quienes se interesan por nuestras historias lo comprenden a cabalidad. En el territorio que va desde el río Aconcagua al río Itata, se produjo una suerte de "*limpieza étnica*", para decirlo con términos modernos, muy temprana y acelerada. La población indígena de los valles- el Mapocho por ejemplo- no era poca. Traslados masivos a las faenas mineras, pestes, huidas al sur, en fin, malos tratos, diezmaron la población. Ginés de Lillo llega al país a ver lo que ocurría y a ordenar la propiedad alrededor del 1600, ni cinco décadas de arribados los hispanos, y nos ha dejado testimonios muy claros. Va a Macul por ejemplo, anteriormente una comunidad próspera, y encuentra un grupo de ranchos y uno que otro viejo sobreviviendo. Hay un mapa que publicó don Pedro Cunill, en que muestra la mínima población que existía entre Santiago y Talca. El imaginario se desató en base a estos hechos fundantes: "*acá no hay indios*", se dijo y se afirmó y se lo sigue haciendo hasta hoy. Los *indios* están en las fronteras: en el norte, los "*cholos*" y en el sur los "*araucanos*". Y en el valle central *somos todos* blancos, europeos, católicos, hablamos español o castellano como se lo quiera nombrar y somos una "gran familia". Sobre todo, una gran familia como de tantas formas escribió el gran Pepe Donoso muy bien analizado en este libro. El Estado primero, el colonial y

luego el republicano, es y debe ser el protector de este espacio, se dijo y se repitió. Si uno camina por lo que alguna vez se llamó la Plaza Bulnes y se aproxima a la estatua del General podrá leer en su base un texto en letras de bronce en que se le reconoce haber hecho muchos caminos y puentes. Lo que no se dice es dónde, ya que todos ellos fueron justamente en este territorio originario de la República. Efectivamente muy temprano después de la independencia se trató de unificar el territorio de haciendas y pequeños pueblos mediante una buena red de caminos. Al mismo tiempo el general dio una batida masiva contra los bandoleros, colgándolos de los árboles a la vera de los caminos. El imaginario hizo el resto: trató y logró que se creyera en la homogeneidad étnica de sus habitantes, de patronos y "chinas" como bien se trabaja en este libro. La seguridad de las haciendas estaba garantizada, tanto por fuera como por dentro: somos familia se dijo y se le sigue soñando. La *Pax Hacendal* que vuelve y vuelve al imaginario local. Los indios y negros del valle central existían y no eran pocos, pero salieron primero del imaginario, y como bien se sabe, fueron luego suprimidos- extinguidos- en la vida real y práctica. Ya "el libertador" firmó un decreto suprimiendo los Pueblos de indios y Juan Egaña lo siguió con otro mucho más potente. A mediados del siglo XIX casi ya no había personas que se auto designaran como indios en los así llamados pueblos y cuando Vicuña Mackenna, Intendente de Santiago por esos días, va a Pomaire encuentra a un cacique de apellido Salinas y no hay vestigios, según él dijo, de indígenas. Lo mismo pasará en el Maule y demás zonas del territorio, Y lo que es más poético y trágico es que los negros provenientes de la esclavitud, que no eran pocos, fueron desplazados de la vida real y dejados en el lenguaje cariñoso cotidiano: "*mi negra, mi negrito*", con referencia al color de la piel generalmente. Se los recuerda en canciones- "*casamiento de negros*" o en la complejidad de rituales y fiestas en lugares como Lora muy bien analizados en este libro.

Estos asuntos que trata este libro desde muy diversos y atractivos puntos de vista son de una importancia enorme en estos días de constituciones y preguntas de qué es este país y cuál es su derrotero. Por qué el estado del valle central se fue ampliando, como se analiza muy detalladamente en este trabajo, y se amplió a un territorio varias veces superior a sí mismo. Sin embargo, el imaginario se fue, como en círculos concéntricos, expandiendo sin grandes modificaciones. No es casualidad que en Arica haya club de huasos y se haya hecho varias veces el Campeonato Nacional de Cueca, en una intervención violenta de la cultura nortina y andina. Porque por razones diversas, demográficas entre otras, en un

momento el Valle Central explotó en un proceso expansivo de una fuerza nacionalista imparable. Las tropas de inquilinos y patronos no solo llegaron a Lima, sino que subieron al altiplano en una acción demencial incomprensible y un grupo de *niños bien* se atrincheró en el poblado de La Concepción, muriendo allí a manos de una *montonera de indios*, y transformándose hasta hoy en el símbolo mayor de la patria. Recordemos la ceremonia de Chacarillas durante el período de Pinochet Ugarte y el modo cómo esos hechos siguen vigentes en el imaginario patrioter. Y guste o no guste, esas simbólicas imágenes de lo que somos vuelven y vuelven a veces como pesadillas.

Ese impulso expansivo condujo a las mismas tropas que venían triunfantes del norte a pasar de largo hacia el sur, tomar el tren que ya llegaba a Angol e invadir la Araucanía. El límite imaginado del Biobío quedaba sobrepasado y se ampliaba el valle central al sur entre mar y cordillera. Concomitante con estos procesos viene la anexión de Isla de Pascua, y la maldita colonización de la gran isla de Tierra del Fuego y las islas del extremo sur, lo cual da un horizonte de nueva amplitud al imaginario patriótico. El tiempo ha continuado con este deseo de organizar un territorio más amplio. La carretera austral, por ejemplo, ha sido claramente un intento reciente de expansión geopolítica. En la medida que se amplía el territorio, sin embargo, se mantiene el imaginario. En Osorno hay rodeos y las "colleras" poseen apellidos alemanes, árabes y de otros sonidos lejanos al castellano vasco que supuestamente ha sido el inicialmente dominante. La discusión sobre el regionalismo pasa por la comprensión de estos complejos y también confusos fenómenos, que muy acertadamente trata este libro. Y por cierto que cuando un grupo de constituyentes plantea que Chile es pluri nacional, esto es, que hay varias naciones, la mayoría de los votantes no solo no comprende de qué se habla sino también se oponen fuertemente a ello. Como muchos han y hemos señalado, con la Reforma Agraria se acabó el latifundio, pero no la imagen que se construyó en su entorno. Revisar el inconsciente colectivo de este país es una tarea intelectual urgente y de necesidad extrema y este libro da muchas pistas para hacerlo. Felicitamos a sus autoras y autores y agradecemos la invitación a presentarlo.

Cajón del Maipo, 5 de agosto, 2023.

INTRODUCCIÓN

VÍCTOR BRANGIER Y EDUARDO BRAVO

En su libro *La Guerra a Muerte* de 1868, el historiador y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna abordó, en casi 570 páginas, el estudio de los acontecimientos y procesos ocurridos entre 1819 y 1824 para consolidar la Independencia de Chile. Como en muchas de sus obras, Vicuña Mackenna alternó la descripción lata de la documentación inédita que recopiló desde distintos repositorios institucionales y personales, con la reflexión personal sobre el significado de los hechos. En este segundo ámbito, de la interpretación histórica, el autor recordó que el escenario de los cruentos acontecimientos que enfrentaron a patriotas y realistas en cinco años de batallas sin tregua fue un reino de Chile dividido en dos. En el imaginario de los contemporáneos, durante todo el periodo colonial, en la coyuntura de la Independencia y de la Guerra a Muerte e, incluso en los años que escribía la obra, era común señalar que el territorio estaba fracturado en “el reino de abajo” y “el reino de arriba”. Eran dos fragmentos, sin lazos, “casi hostiles”: el reino de abajo se extendía desde el río Maule hasta Paposo, actual región de Antofagasta. El reino de arriba, en cambio, correspondía a las tierras fronterizas del sur con centro en el fuerte Penco. Durante el periodo colonial, los documentos oficiales indicaban que el nombre de Chile correspondía únicamente al reino de abajo, mientras que el reino de arriba resultaba un segmento aparte, dedicado exclusivamente a la guerra de los españoles contra el mundo mapuche, por ello es que se asociaba a “la espada”. El reino de abajo, el verdadero Chile en cambio, se representaba por “la toga y la cogulla”, es decir con los atuendos icónicos de letrados y de eclesiásticos (Vicuña Mackenna, 1972[1868]: XLIV).

El relato de Vicuña Mackenna da cuenta de una perspectiva de larga duración. El reino de abajo, como sinécdoque de Chile, permite deducir el imaginario sobre una porción territorial que sería exclusivamente representativa del conjunto de la unidad política (del reino y de la república). Los límites de la zona más central de Chile (del mito del Chile verdadero), han variado. También han ido modificándose sus características intrínsecas que justificarían el mote de “lo

propiamente chileno”. La fractura política y militar que se produjo a inicios de la década de 1830 fue, probablemente, uno de los hitos que contribuyó a dar un giro a esa representación. La aristocracia de Santiago desbarató el proyecto de rotación en el poder central que se había consolidado en la década anterior, cuando los cabildos del sur, del norte y de la capital apostaban por tener representación en las altas esferas del poder legislativo y ejecutivo recién constituido. La “democracia de los pueblos” de Chile fue sustituida por el autoritarismo del patriciado de Santiago que fundó la república conservadora (Salazar, 2006). Desde el primer tercio del siglo XIX entonces, el foco del país se concentró en Santiago y en las jurisdicciones en las que sus familias notables mantenían relaciones comerciales, familiares y, por supuesto, tierras. En este sentido, el límite sur del verdadero Chile dio un par de pasos hacia el norte (del río Maule hasta el río Tinguiririca) y el límite norte se desplazó muchos más hacia el sur (de Paposo al río Aconcagua). El corazón de la república comenzó a representarse entre las antiguas provincias de Colchagua (actual región de O’Higgins) y de Aconcagua. Dentro de este nuevo cartabón emergió un eje troncal, Santiago-Valparaíso, que revestía mayor importancia que el resto. Por sus condiciones de acumulación de capital y de prestigio nobiliario, como, además, por su conexión con la nueva economía mundo a través del puerto principal del Pacífico, este eje se tornó “el centro del centro” del nuevo país. Conectaba el pasado (la tradicional aristocracia castellano-vasca) con el futuro industrial cuyos voceros eran los mercaderes británicos instalados en Valparaíso.

El desarrollo de la agricultura y la emergencia del *boom* triguero desde 1850 obligó a repensar los límites de esta zona más central de Chile. La apertura de los mercados de California y de Australia en aquella década y el aumento de la demanda por alimentos en las emergentes ciudades, motivó un alza en la producción cerealera, no solo en Colchagua, sino también en las provincias del sur. Por lo pronto, el Maule y Ñuble se incluyeron en estos circuitos (Kay, 1977: 109). La zona central propina así un contragolpe. El río Maule se pone en guardia con un nuevo eje horizontal de desarrollo económico en contraposición al longitudinal dominado desde y por Santiago. El río de las lluvias adquiere el tono épico de un afluente globalizador, con cuyas aguas, según el abate Molina, se podrían llenar las cuencas del infierno. La metáfora del primer científico chileno es cultural y abundante. El río es una apertura mental para el viejo campesinado, una salida al exterior estimulada por la riqueza triguera de la zona de Talca y por la extracción de oro del mineral El Chivato, antigua frontera del imperio Inca, un

hinterland de conexión horizontal opuesto al verticalismo del estado-nación. Esta economía impulsada principalmente por Talca transforma el territorio-paisaje a la imagen y semejanza de París y de Londres, mote burlón que, sin embargo, configura una imagen de identidad vigente, que es demolida primero por el terremoto de 1928 y sepultada luego por la gran depresión mundial de 1929. Imagen de abundancia, otra vez, que contrasta con *el paisaje de las tierras pobres* de González Bastías y con *La epopeya de las comidas y las bebidas de Chile* que propone que el alimento nacional y espiritual, la cocina y el vino de Chile, también el alcohol y la violencia telúrica, provienen del Maule (De Rokha, 1949). El paisaje terrígeno, eglógico y desmesurado, va moldeando con su peso la voluntad del hombre del valle central. El que mira de frente por encima de los tejados “el chamuscado y adusto espinazo de la cordillera de la costa (...) aquellos cerros de costra negruzca que dejaron su huraño secreto en mi alma (...) ceño de este paisaje que determina el carácter talquino, decidido, tenaz, irreversible, ejecutivo” (Yankas, 1985).

A fines de la centuria, tras el cruento aplastamiento militar de la resistencia mapuche, las zonas australes de nueva colonización se sumaron a la economía nacional. También contribuyó a esto último el aumento en la demanda de alimentos en las oficinas salitreras recién incorporadas después de la Guerra del Pacífico (Cariola y Sunkel, 1982). Aunque el salitre reemplazó al trigo como principal fuente de ingresos nacionales, en el ideario de los grupos dominantes, la actividad agroganadera y la posesión de la tierra seguía siendo la base del prestigio y garantía del poder. Por ello, la zona donde mejor se desarrollaba esta rama productiva y donde la oligarquía apostaba sus cartas, el área entre Aconcagua y Ñuble, siguió denominándose como “zona central de Chile”.

De todos modos, el imaginario antes descrito sufría una debilidad. La zona central de Chile quedaba descolgada de las fuentes de riqueza del erario nacional, el norte salitrero. Se corría el riesgo de tejer una representación de Chile atravesada por el retraso de la tradición: si el centro no irradiaba riqueza ni modernidad, entonces el país íntegro quedaba rezagado en la carrera de las naciones por el progreso. Esto lo comprendieron bien los círculos oligárquicos que administraban este imaginario entre mediados del siglo XIX y la crisis integral de las instituciones a fines de 1920 y la década de 1930, fin del *Talca, París y Londres*. Por ejemplo, la Sociedad Nacional de Agricultura, órgano y voz por excelencia de los principales terratenientes de esta zona, hizo esfuerzos por armonizar el desfase entre centro del país y progreso. Y lo hizo celebrando los hitos aislados que

daban cuenta de una labor agroganadera privada que se abría a la modernidad¹. Una de las obras que brindó una síntesis de este trayecto fue el *Álbum de la Zona Central de Chile*, de Juvenal Valenzuela (1923). El autor circunscribió la zona central, que reza el título del álbum, a las provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Linares, Maule y Ñuble. La obra describe la producción agrícola y obras públicas en cada provincia y la producción interna e infraestructura de cada hacienda a lo largo del territorio. Según indica en el prólogo, Valenzuela visitó personalmente “a cada agricultor, recogiendo de cada uno los datos referentes a sus propiedades o de las que administraban” (Valenzuela, 1923: III). El *Álbum* es fundamentalmente un inventario de los bienes y avances en inversiones de las haciendas de esta área. Sin embargo, la conclusión que debía deducir el público lector era que, la agricultura que se practicaba en las grandes propiedades era una actividad bullente y conectada con los últimos avances técnicos y tecnológicos. Además, la obra se presentaba como una herramienta útil para desarrollar un grado más la agricultura de esta zona, ya que los hacendados, conociendo en detalle la producción de cada uno, impulsarían el comercio mutuo como, además, la exportación, “contribuyendo así al bienestar general y a la riqueza pública” (Valenzuela, 1923: III). Incluso más importante, el *Álbum* subordinaba la producción del salitre en el norte del país a la agricultura de la zona central, enfatizando que se trataba del principal abono (“nuestro precioso abono”) que permitiría “el incremento de la producción agrícola” (Valenzuela, 1923: IV).

Estos esfuerzos por definir el centro de Chile como un área agrícola moderna, fuertemente vinculada al eje Santiago-Valparaíso, colisionó con el desarrollismo que se abrió entre la década de 1930 y el Golpe de Estado de 1973. El impulso industrializador del periodo puso el acento en la ciudad y, particularmente, en sus cuadros técnicos y profesionales. Este nuevo *ethos* de la maquinización autónoma y del procesamiento energético de los recursos naturales, desplazó al campo agroganadero y a la actividad de extracción primaria en general como el centro ideológico de la nación. Desde entonces, se pensó un centro más diversificado a lo largo del país. Y como resultaba un centro ubicuo, entonces

¹ Entre 1838 y 1933 la Sociedad Nacional de Agricultura publicó sucesivamente los periódicos *El Agricultor*, *El Mensajero de la Agricultura* y *El Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*. En sus páginas se acumulan las noticias y crónicas sobre incorporación de maquinarias, apertura de canales de riego, el incremento de un sistema crediticio que redundaba en la inversión de infraestructura de las haciendas. También se reiteraron las nuevas sobre importación de razas ganaderas de primera calidad, la innovación en el cultivo frutícola, entre muchos hitos que permiten deducir una ansiedad por relevar el protagonismo de la agro ganadería de la zona central en la producción y comercio nacional.

era más integrador del territorio, pues articulaba las grandes obras públicas y de ingeniería industrial de la época, como las refinerías de hidrocarburos de la Empresa Nacional de Petróleo, ENAP, en Concón en 1954 y en Cullen en 1962; el extenso túnel ferroviario Las Raíces en la Araucanía en 1939; los túneles Angostura (1949), La Calavera (1951), Zapata (1955), Lo Prado (1970); la Central hidroeléctrica Rapel en 1968, el embalse Laguna del Maule en 1957 o la construcción de la línea 1 del metro de Santiago entre 1969 y 1975.

Durante el “periodo neoliberal” que se extendió entre su implementación a finales de la década de 1970 y su progresivo desmontaje desde la década del 2010, se jibarizó radicalmente el centro de Chile a un barrio de Santiago motejado popularmente como “Sanhattan”. Se ha tratado de un sector altamente financiero y sede operativa de empresas multinacionales y de consorcios nacionales. El cuadrante funcionó reiterativamente como postal ideológica que reflejaba el éxito del modelo político y económico, justificando el ingreso de Chile a la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, OCDE, el año 2010 (y su correspondiente salida simbólica del “barrio subcontinental”, de Latinoamérica). La gestión de este imaginario gatilló la fractura de la idea de nación y alimentó la imagen de una deficiente integración de los territorios y de las culturas. Por ello fue que, en forma creciente y como contrapartida, tomaron fuerza las demandas de descentralización en la toma de decisiones y de redistribución de la riqueza a las distintas regiones. Este fue una problemática país que se tomó la agenda pública e integró los discursos de campañas electorales en todos los niveles, sobre todo desde fines de la década de 1990 en adelante. En este contexto crítico, se repensó la antigua zona central de Chile como el repositorio de símbolos comunes por excelencia en el que debía basarse la nueva comunidad política en su tránsito (desigual) al desarrollo.

En el periodo neoliberal, la zona central se ideó como tierra de valores colectivos genuinos. La concentración del capital financiero en un solo distrito de Santiago generó un efecto centrífugo en materia de identidad, erosionando directamente la cohesión social y poniendo en riesgo el proyecto nacional. En el discurso oficial, por tanto, el centro del país volvió a sostenerse como aquella porción del territorio extendida entre Rancagua y Ñuble que permitiría dibujar un sólido emblema de la chilenidad, garantía de un pasado y futuro común. Los medios de comunicación oficiales sobre-visibilizaron formas de trabajo, prácticas culinarias y celebraciones folclóricas exclusivas de este espacio histórico y geográfico. Tres canales de televisión abierta, por ejemplo, emitieron

sucesivamente un programa titulado “Tierra Adentro”, entre 1991 y 2015, en el que la cámara y el relator se adentraban en la intimidad de las relaciones sociales y las costumbres de alegres habitantes de rincones apartados de áreas rurales. O, también, desde el año 2013 se emite uno de los programas de más alta audiencia conocido como “Lugares que hablan”, que romantiza una pretendida vida bucólica de un espacio donde el tiempo parece no transitar. La paradoja, por supuesto, fue que en la medida que más se insistía en este estereotipo inofensivo de la vida campesina, en la práctica, se agudizaba el desmantelamiento de la ruralidad, tal como se conoció hasta antes del periodo. Desde la contrarreforma agraria propulsada por la dictadura militar, la actividad agrícola quedó orientada a la exportación frutícola de grandes y medianas empresas con capitalización suficiente y empleando trabajo temporero estival en condiciones precarias. El acaparamiento privado de aguas de regadío ha elevado los costos de operación para la pequeña agricultura que optó, mayoritariamente, por vender terrenos a la industria inmobiliaria. Esta última reconvirtió estos predios en una oferta masiva de parcelas de agrado y de villas y condominios alrededor de las ciudades, saturando las redes viales no aptas para conectar a las urbes con sus nuevas periferias.

Y es que los imaginarios reflejan los modos en que los individuos y los grupos interpretan la realidad experimentada. Como enfatiza Alejandro Viveros en el ensayo con que inicia la primera parte de este libro, los imaginarios permiten a las sociedades diseñar el mundo tal como lo aspiran habitar y, por tanto, siempre hay buen espacio para la utopía. En este sentido, esta obra apunta a comprender la zona central de Chile como un espacio sostenido por (y sostenedor de) imaginarios intrínsecos. Los 20 ensayos breves que integran la compilación se aproximan a las prácticas institucionales, celebraciones, producciones artísticas y estereotipos sociales que han configurado un territorio de límites difusos e itinerantes, con sus propios centros y periferias y con cualidades míticas que la han convertido en la zona (más) central de Chile. Las y los autores provienen de la arquitectura, de la historia general, de la historia del arte, de la música, de la literatura, del periodismo y de la gestión cultural. En esta línea, *El territorio imaginario* ofrece la oportunidad de aproximarse a 20 entradas provenientes de disciplinas complementarias, para comprender la articulación y funcionamiento de un mito territorial. Desde ese punto de arranque, las y los lectores podrán analizar las características de un espacio colmado de simbología y deducir la tensión con la *praxis* social que se resiste a ser reducida a unidad distintiva. En consecuencia, el examen panorámico de estas perspectivas entregará pistas para recorrer las vías

que han llevado a la construcción de un espacio mítico. Pero también, los ensayos ofrecen las claves para recorrer el camino a la inversa, es decir, para desmantelar o *desandar el mito* de la zona central como región cultural homogénea, hiperrepresentativa del ser nacional y cargada de un romanticismo rural a-histórico.

El libro se divide en cuatro partes. En la primera se concentran las reflexiones sobre el concepto de imaginario en sí y las experiencias históricas diversas que han alimentado las representaciones sobre la zona central de Chile. En la segunda y tercera se profundiza en el poder, la fragmentación y la desigualdad como realidades densas, pero eclipsadas por los arquetipos homogeneizadores sobre la zona central. La última sección se encarga del imaginario ya construido sobre este territorio y en las manifestaciones artísticas y literarias autóctonas que se inspiran (y se reapropian) de estos íconos emblemáticos.

En la primera sección, “Prácticas que tejen imaginarios”, converge un estudio sobre las vivencias que, a partir de su transcurrir cotidiano, dejaron huellas espontáneas que bocetaron los perfiles y arquetipos de la zona central. Aquí destacan, por ejemplo, las tramitaciones judiciales del siglo XIX que expone Víctor Brangier, en las que litigantes y testigos recorrieron reiterativamente los mismos caminos, configurando los límites y jerarquías internas del territorio propio. También se encuentra la progresiva institucionalización del deporte y sus respectivas ideas de chilenidad y masculinidad desde fines de esa centuria, según analiza Daniel Briones. Por otro lado, se descubre la instalación sucesiva de edificios modernos en el siglo XX que, según Glenn Deulofeu, re-relataron el *cliché* rural más tradicional sobre este territorio. Cierra esta primera parte una mirada sincrónica y diacrónica a la legendaria celebración del Baile de los Negros de Lora, a cargo de Mario Montano y de Verónica Reyes, quienes develan que el ritual ha instado a la comunidad a buscar las claves de su identidad. En su conjunto, la sección pone en diálogo prácticas que, desde diversos registros y temporalidades, configuraron y reconfiguraron un imaginario reconocible sobre esta zona y sus peculiaridades.

La segunda parte, “Bajo el disfraz del estereotipo: el poder”, refleja un intento por develar las relaciones de poder que se agazapan tras los imaginarios de este territorio. Uno de estos ejemplos ha sido la representación del paisaje en la pictórica nacional. Como sostiene Pablo Berríos, estas imágenes han contribuido a edificar un relato sobre la capacidad del poder sobre sus territorios. En ese discurso, Santiago ha mantenido una posición protagónica, permitiendo deducir que el Estado controla el centro de la nación. Sin embargo, en estas

representaciones históricas, el valle central resulta un fragmento cargado de símbolos de chilenidad y que mantiene una relación de continuidad con Santiago. Del mismo modo, también se encuentra el caso de la representación literaria sobre la atracción amorosa entre el terrateniente del campo chileno y la mujer campesina, según explica Nicolás Celis en el segundo ensayo de esta sección. Aquí, el mito del romance entre dos actores en posición desigual apenas oculta la violencia de género y el dominio de clase del patrón sobre el mundo popular que le circunda, según una práctica extendida que puede rastrearse en archivos judiciales desde, por lo menos, el siglo XIX. Estos prototipos apuntaban a resignificar experiencias de abuso y segregación que caracterizaron el cotidiano de esta región. A una conclusión similar llega el ensayo de Leyla Torres sobre la figura del trabajador agrícola o “gañán”. Durante los siglos XIX y XX estos sujetos fueron descritos como una otredad del modelo civilizatorio, siempre situados en la ribera opuesta del hombre virtuoso e intelectualmente superior de la elite. Sin ir más lejos, según indica la autora, para favorecer un relato del progreso nacional, las representaciones de estos paisajes se vaciaron de gañanes, quedando graficados como espacios naturales, libres de las máculas de la barbarie. Sin embargo, estos imaginarios construidos desde el poder han sido frágiles y, por tanto, desmontables. Uno de los recursos para abordar esta empresa ha sido el cine, según se desprende del análisis de Eduardo Bravo sobre el documental *Domingo de Gloria* de 1981. En el film, los cineastas Patricio y Juan Bustamante apuntaban a desarmar los estereotipos rurales de la región del Maule como vergel paradisiaco y reducto oficial de la identidad chilena. Muestran, en cambio, la marginalidad y “el exilio interior” en medio de la dictadura militar que azotaba al país. Bravo propone que, en la película, el territorio fantasma del Maule se vuelve invisible para el poder central y que, para auto ocultarse, construye un relato de encierro en medio de la geografía, un lugar abierto que se concibe como un espacio cerrado. Posteriormente, el ensayo de José Luís Uribe llega a una conclusión complementaria, en base a la película *El Maule* de los mismos cineastas y estrenada en 1983. El autor se detiene en la arquitectura autóctona que atraviesa el río Maule, en tanto formas genuinas y racionales de habitar la principal cuenca fluvial de la región. De acuerdo a Uribe, el resalte filmográfico de estas construcciones y de las formas de vida y trabajo que le son propias, resalta el valor genuino de la otredad rústica, cuestionando imaginarios construidos desde la urbe sobre el espacio propio.

Complementando la sección anterior, la tercera parte del libro “Más allá de la unidad habita el fragmento” destaca la heterogeneidad intrínseca a los territorios de la zona central del país. En efecto, el ensayo de Raúl Sánchez es sensible a la división radical que ha atravesado a la región del Maule. Por un lado, se moviliza una “zona verde”, abierta al cambio, a la innovación y, por tanto, con menos herramientas identitarias para enfrentar la pregunta sobre quiénes somos. Por el contrario, las “zonas terracota” mantienen un vínculo estrecho con tradiciones más inmóviles y sus habitantes defienden una actitud escéptica ante la modernidad. De acuerdo con la propuesta de Martín Lara, Jaime Zañartu y Manuel Cortés, en el segundo ensayo, las manifestaciones de esta división, en esta región particular, son evidentes. Reflejan también un contraste entre el Maule sur tradicional y el Maule norte dinámico y moderno. La fractura resiste a ser reducida a unidad en el imaginario nacional y más bien responde a una paradoja que los autores comparan acertadamente con el mito de Hefesto y Afrodita. Posteriormente, el aporte de Horacio Hernández continúa el hilo desmitificador, tomando como base el estereotipo del “roto chileno”. El autor se preocupa de problematizar el carácter histórico de esta figura que ha tendido a ser reducida a un tipo social del valle central del país. Convendría, en cambio, considerar que la imagen del roto deriva de prácticas y actitudes sociales más heterogéneas y provenientes también de otras latitudes del territorio. En este punto, el autor estudia la obra del periodista y prolífico escritor melipillano Roberto Hernández (1877-1966), quien indagó en las múltiples formas de vida de los sectores populares para describir una fisonomía compleja de aquel tipo social que ha venido denominándose como “roto”. Y es que, si en la zona central habita una diversidad de difícil reducción a un solo emblema, entonces, las representaciones más fértiles podrían ser aquellas que se aventuran a narrar esas fracturas y contradicciones, no a suprimirlas. Esta es una de las deducciones que acompañan el texto de Christian Engels, quien se detiene en la antología de poemas *Alma Chilena*, de Carlos Pezoa Véliz. Para Engels, las figuras que evocan la zona central, en plena crisis del centenario de la república, devienen incompatibles entre ellas. El espacio emerge sin límites definidos, con un contraste marcado por la amenidad de la naturaleza y la miseria de sus habitantes. También resaltan las ansias de emigrar en busca de mejores oportunidades, pero, simultáneamente, la añoranza de volver una vez sufrido el desarraigo. Los protagonistas de los poemas de Pezoa Véliz estarían atravesados, sobre todo, por la dignidad y el orgullo, pero también, en un juego hábil de claroscuros, por la pobreza material de la que no se puede escapar tras haber nacido sin nada. Al fin y al cabo, tras dismantelar el mito de

la unidad, siempre asoma un territorio fragmentado. Así lo demuestra Ivan Sergio en su ensayo sobre la constante migración italiana que arribó a estas regiones entre los siglos XIX y XX. Estas nuevas familias se incorporaron a la vida social del territorio comprendido entre Rancagua y Concepción. Los matrimonios exogámicos y la inserción fluida de estos inmigrantes al comercio al detalle, facilitó que las y los italianos se sumaran a la red del tejido social de la zona central chilena. De ese modo, una radiografía de este territorio no puede obviar los aportes exógenos que ha asimilado la idiosincrasia de sus habitantes.

La cuarta parte de la compilación, “Imaginar el Maule desde dentro”, se hace cargo de las apropiaciones artísticas y literarias sobre los imaginarios de la zona central. Particularmente, de una de sus subregiones, el Maule, concebido como el cuadrante más profundo y apartado de todo el territorio en cuestión. En ocasiones, la posición recóndita de esta región inspiró a artistas a generar instancias de encuentro, como demuestra Katina Vivanco en su estudio sobre el Grupo Ancoa, que se desarrolló entre las décadas de 1960 y 1980. La asociación, que rescató el nombre de uno de los ríos de la provincia de Linares, propició el diálogo entre los principales artistas maulinos. Con un marcado sello de producción regional, el Grupo Ancoa irradió su influjo a escala nacional, logrando convocar a consagrados creadores del país. En este mismo sendero transitan los dos ensayos de Pedro Zamorano, quien profundiza en la actividad artística y literaria de este espacio y en aquella época. Ambos ensayos contribuyen a leer el modo en que pintores, escultores y literatos regionales, se apropiaron de símbolos icónicos del imaginario maulino, acercando estas nuevas lecturas a un público de escala regional y nacional. Así queda en evidencia en la trayectoria de Pedro Olmos, de Emma Jauch, de Pedro Luna, de Germán Mourgues, de Giulio di Girólamo, entre otros. Ellas y ellos fueron sensibles a los emblemas y estereotipos humanos y naturales del Maule. Al reinterpretarlos mediante un acto creativo, se apropiaron del imaginario local, ofreciendo una nueva lectura de su forma y de su contenido. Más adelante, Lorena López, en su ensayo, ofrece un ejercicio de rescate similar, indagando en el “Fondo Literario del Maule Manuel Francisco Mesa Seco”, de la Villa Cultural Huilquilemu. Según describe la autora, este rico repositorio documental resguarda obras literarias y ensayos de escritores maulinos que, hasta el momento, ha permanecido más o menos desconocido. Las producciones del fondo reflejan un esfuerzo sistemático por releer las características sociales del territorio propio, más allá de estereotipos reduccionistas. Son textos que, a fin de cuentas, permiten aproximarse a una representación de mitos y

realidades, simbolizándolos de un modo genuino y original. Esta cuarta sección se cierra con la contribución de Iván Pérez sobre la obra del novelista José Donoso. En sus páginas, es posible volver a encontrarse con una sugerente propuesta de doble vía, en la que el autor de *El lugar sin límites* y de *El obscuro pájaro de la noche* asoma rescatando figuras humanas fronterizas del imaginario maulino, experiencias traumáticas o “claustrofóbicas” y, finalmente, devolviendo mitos novelescos que nutren la identidad y la representación en la región. Así entonces, este ensayo comparte una lectura original sobre la obra de Donoso, en la que el novelista de la Generación del *Boom* latinoamericano asoma atento a las “atmósferas clausuradas” de la opresiva realidad del campo chileno. Tras la observación, el relato reconfigura el espacio y lo propone más bien como una nueva “posibilidad abierta”, ofreciendo la oportunidad de pensar el territorio de otro modo.

En su conjunto, los 20 ensayos de *El territorio imaginario: la zona central de Chile*, invitan a andar y desandar los significados que históricamente se han construido sobre este territorio emblemático y de límites itinerantes. La lectura global de las contribuciones abre preguntas sobre los factores que han construido las representaciones sobre esta región, las experiencias que se niegan a ser eclipsadas y la posibilidad de una reinterpretación constante de estos mismos imaginarios. Estos ejes son relevantes para quien se aproxima desde fuera del territorio, para ver tras la niebla y observar más allá del arquetipo. Pero también son problemas vitales para sus propios habitantes, quienes han vivido y sufren profundamente la fragmentación, la desigualdad y la incompreensión. En este último sentido, los imaginarios y símbolos reduccionistas ciertamente pueden estorbar para construir un diálogo entre realidades locales y aspirar a la cohesión social. Pero, también es cierto, que los imaginarios son re-apropiables por quienes más soportan sus efectos y externalidades. Desde el ejercicio continuo de reinterpretación de imaginarios, tal como se expone en este libro, es posible pintar el territorio con nuevos signos que conecten con las necesidades y expectativas de sus propios habitantes.

Referencias

- Cariola, Carmen y Sunkel, Osvaldo. 1982. *Un siglo de historia económica de Chile: 1830-1930: dos ensayos y una bibliografía*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

- De Rokha, Pablo. 1949. *Épopeya de las comidas y las bebidas de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Kay, Cristobal. 1977. The development of the Chilean *hacienda* system, 1850-1973. In Duncan, Kenneth & Rutledge, Ian (Eds.) *Land and Labour in Latin America. Essays on the development of agrarian capitalism in the nineteenth and twentieth centuries*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 103-139.
- Salazar, Gabriel. 2006. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos", militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago: Sudamericana.
- Valenzuela, Juvenal. 1923. *Álbum de la Zona Central de Chile. Agricultura: fundos, haciendas y sus productos*. Santiago: Juvenal Valenzuela.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. 1972[1868]. *La Guerra a Muerte*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.
- Yankas, L. 1985. *¿Quién es quién en las Letras Chilenas?*. Santiago: Nascimento.